

PRIMERA PARTE

«El brazo de la Gestapo alcanza tan lejos y es tan eficaz que ya sólo estoy seguro de estar a solas cuando me encuentro acostado en mi cama.»

BENITO MUSSOLINI

Citado en *Los últimos testigos de Hitler*,
de Michael Musmanno

Miércoles, 12 de octubre de 1955. Mañana

Cuando aquel día alguien llamó a su puerta a las siete de la mañana, Hugh Redwald Trevor-Roper no podía imaginar que unas horas después se encontraría en un avión rumbo a la República Federal de Alemania para investigar el asesinato de un hombre que llevaba diez años desaparecido.

Trevor-Roper era profesor de historia en la Universidad de Oxford, tenía cuarenta y un años y su vida transcurría por entonces tranquila y placentera entre los libros de historia y las aulas. Su aspecto delataba claramente la profesión que ejercía: detrás de sus gafas de concha negra podían verse unos ojos redondos, hundidos y miopes de lector voraz; y sus cabellos, algo ya encanecidos, estaban peinados con la raya a un lado. En marzo de 1947 había publicado un ensayo que le había otorgado fama y prestigio mundial: *Los últimos días de Hitler*. Trevor-Roper había escrito su libro empleando los datos recopilados en el curso de la investigación sobre la muerte de Hitler que el servicio secreto interior británico, el MI5, le había encargado una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, en septiembre de 1945.

Aún medio adormilado, el historiador bajó las escaleras para abrir la puerta. Allí encontró precisamente al responsable del MI5 que diez años antes le había encomendado la misión de esclarecer la muerte de Adolf Hitler.

—¿Dick? ¿Dick White?

—Hola, Hugh. Perdona que me presente a estas horas sin avisar. Se trata de un asunto sumamente urgente. Si no te importa, mis guardaespaldas esperarán en tu jardín.

—Sí, claro. Adelante. Estaba a punto de sonar el despertador.

Los dos hombres pasaron al salón. Dick White rondaba los cincuenta años, pero a pesar de ello conservaba una figura fina y atlética propia de quien ha cuidado su cuerpo desde joven. Llevaba el pelo muy corto y lucía un bigote sutil y rectilíneo que se había puesto de moda entre la alta sociedad británica.

—¿Quieres un café, Dick?

—No, gracias. Preferiría que te vistieses. Tu avión para Alemania sale en menos de dos horas, y no sé qué tráfico encontraremos de camino a Heathrow.

—¿Mi avión para Alemania?

—Estamos en un buen aprieto, Hugh. He venido a pedirte que dejes tus clases durante un tiempo. En el coche te pondré al corriente de todo.

—¿Y la maleta?

—No hay tiempo. En la embajada de Bonn te proporcionarán lo que necesites.

Trevor-Roper aceptó con resignación aquella alteración de su rutina diaria y se dirigió a su habitación para arreglarse. Bajo la ducha intentó recordar las circunstancias en las que había conocido a Dick White en 1945. La Segunda Guerra Mundial acababa de terminar en Europa, y la Unión Soviética había ocupado Berlín. Era el dos de mayo de 1945 y el dictador soviético, Iósif Stalin, se había propuesto encontrar a Adolf Hitler vivo o muerto. Y para ello envió a la capital del Reich a los mejores agentes de su servicio secreto.

Los prisioneros alemanes capturados por los rusos les dijeron que el Führer había permanecido en su búnker de la Cancillería de Berlín hasta el último momento, cuando se suicidó de un disparo. Pero las semanas transcurrieron y los soviéticos no fueron capaces de exhibir su cadáver. A finales de mayo, algo extraño ocurrió: Stalin modificó su discurso y empezó a decir que Hitler había escapado con vida de Berlín. Alegó en defensa de aquella tesis que sus soldados habían encontrado en la Cancillería una maleta del ministro Joseph Goebbels con planes detallados para la evacuación de Hitler de la capital del Reich una vez que la ciudad hubiese sido sitiada.

Los aliados occidentales recibieron con escepticismo aquella teoría, y concluyeron que aquel cambio de actitud del dictador soviético respondía a una estrategia política rusa para justificar la presencia de sus tropas en los países del este de Europa que habían rescatado del yugo nazi. Así, la posible irrupción de un movimiento neonazi dirigido por Hitler servía a Moscú para explicar su ocupación de tales países. En otras palabras, un Hitler vivo resultaba más útil a la Unión Soviética que un Hitler muerto.

Pero Stalin fue más allá, y poco después la URSS acusó a los ingleses de proteger en su zona al Führer. El primer ministro británico Clement Attlee,

harto de las maniobras soviéticas, ordenó al MI5 descubrir de una vez por todas qué había sucedido con Hitler.

Dick White era por entonces responsable de la oficina de inteligencia de la zona británica de ocupación, y encomendó a un joven oficial de treinta y un años la tarea de investigar y esclarecer la muerte de Adolf Hitler. Aquel oficial era Hugh Trevor-Roper, que se dispuso a localizar e interrogar a los supervivientes del búnker que se encontraban en zona británica y estadounidense. Los soviéticos se negaron a colaborar en todo momento en la investigación del MI5 y no facilitaron acceso a sus prisioneros. La investigación se dio por terminada el uno de noviembre de 1945, cuando el informe de Trevor-Roper fue presentado al comité de inteligencia cuatripartito en Berlín. La conclusión del trabajo fue que Hitler se había suicidado de un disparo en la boca a las tres y media de la tarde del treinta de abril en el búnker de la Cancillería. Meses después, ya de vuelta en Inglaterra, Trevor-Roper recopiló toda aquella información y publicó *Los últimos días de Hitler*.

El historiador de Oxford, ya vestido, se ajustó los gemelos y pasó al salón de su casa. Dick White lo esperaba fumando un cigarrillo sentado en el sofá.

—¿Estás listo? No olvides el pasaporte.

Los dos hombres salieron al jardín, y los guardaespaldas de White los condujeron a un vehículo oficial, donde se acomodaron en el asiento posterior. Una vez dentro, White tomó la palabra:

—Voy a contarte lo que sé, Hugh. El resto lo conocerás en Bonn. Desde luego, todo lo que hablemos de ahora en adelante será altamente confidencial.

—Por supuesto.

El coche emprendió la marcha. Dick White se retrepó en el asiento para poder cruzar las piernas con comodidad. Sacó otro cigarrillo de la pitillera, ofreció uno al historiador, quien prefirió su pipa, y lo encendió.

—Vivimos momentos muy complicados, Hugh. La relación con los estadounidenses está muy deteriorada. Con sus servicios secretos, quiero decir, con la CIA. Políticamente, como siempre, entre los dos países hay mucha sintonía. Sin embargo, los servicios de inteligencia de ambos países prácticamente hemos roto relaciones.

La historia que Dick White relató a Trevor-Roper se situaba en el mismo momento en que éste había terminado su investigación sobre los últimos días de Hitler y, por fin, había sido desmovilizado. Por aquel entonces, en diciembre de 1945, los angloamericanos asumieron que después de la derrota nazi la URSS no iba a ser un país amigo, sino un adversario. La Guerra Fría había comenzado, y los Estados Unidos y sus aliados occidentales hicieron frente a un problema crucial: sus servicios secretos no estaban preparados para operar en territorio soviético. Durante la guerra los esfuerzos de inteligencia británi-

cos y americanos se centraron en la Alemania nazi y sus aliados del Eje, Italia y Japón. Ahora, recién derrotados estos países, surgía la necesidad de obtener información política, económica y militar del bloque soviético y, sencillamente, no se sabía por dónde empezar.

—El problema no era ya la Unión Soviética en sí —explicó White—. ¿Qué me dices de Polonia, Hungría, Rumanía, Yugoslavia? Eran países más próximos a nuestras fronteras que la propia URSS y que habían caído en poder de Stalin. Es cierto que teníamos algunos refugiados procedentes de Europa del Este, pero la información que nos proporcionaban era, en el mejor de los casos, contradictoria.

La situación resultaba muy frustrante. Crear un servicio secreto en zona soviética costaría no sólo cientos de millones de dólares, sino también muchos meses. Y, precisamente, tiempo era lo que menos tenían los angloamericanos. Cada día que pasaba el riesgo era mayor, la amenaza más severa. El reloj corría y nadie en Inglaterra o los Estados Unidos daba con la solución al problema.

Hasta que un buen día, alguien tuvo la gran idea.

—En realidad —continuó White—, la solución estaba ahí, delante de nuestras narices durante todo el tiempo. Pero no la vimos, o no la queríamos ver. El caso es que sí había alguien que tenía lo que nosotros necesitábamos: inteligencia sobre el bloque soviético.

—¿Quién?

—Los nazis.

Efectivamente, en mitad del desasosiego, alguien en los Estados Unidos se dio cuenta de que los alemanes sí habían creado redes de información en las naciones de Europa del Este y la URSS. Y, lo que era aún mejor, esos alemanes estaban ahora encantados de ponerlas a disposición de los americanos y los ingleses. El problema era que aquéllos no eran unos alemanes cualesquiera: eran nazis, miembros de las SS y de la Gestapo, la policía política de Hitler.

—El Tercer Reich no tenía una, sino dos redes de espionaje —explicó el jefe del MI5—. La primera, el Abwehr, dependía del Ejército y estaba dirigida por el almirante Canaris. El Abwehr era fiel a Alemania, pero no a Hitler. Se trataba de una organización integrada en el ejército y, a lo largo de la guerra, Hitler llegó a desconfiar profundamente de sus fuerzas armadas. Y no le faltaba razón para dudar del ejército pues, como sabes, fue el propio ejército el que atentó contra su vida en el complot de julio de 1944. Por eso Hitler ordenó al RSHA, el servicio de seguridad de las SS, que creara una red paralela de espías en el extranjero. Esta red se integró en la Gestapo, la policía secreta alemana. Hacia el final de la guerra dejó de haber dos servicios secretos, pues el Abwehr fue disuelto por Hitler, y sus miembros integrados en la organización del RSHA.

—Y fueron los agentes de esa red de las SS los que se ofrecieron a los americanos para trabajar contra los soviéticos.

—Exacto.

Sin embargo, en un principio, los estadounidenses se mostraron reacios a tal idea. En la conferencia de Teherán, a finales de 1943, las potencias aliadas decidieron que los criminales de guerra nazis debían ser perseguidos y llevados a juicio para responder por sus actos. Así pues, ¿cómo aceptar la ayuda de los antiguos miembros de los servicios secretos nazis para espionar a la URSS y, a la vez, condenarlos por crímenes de guerra? Los americanos encontraron muy pronto una solución al dilema con nombre y apellido: Reinhard Gehlen.

Durante la guerra, el general Gehlen fue responsable del servicio de inteligencia alemán del Frente del Este. En pocas palabras, su trabajo consistía en recopilar información acerca del ejército soviético. Teóricamente, Gehlen no era nazi, no pertenecía a las SS sino a la Wehrmacht, el ejército regular alemán. En abril de 1945 fue apartado de su cargo, acusado de derrotista. Cuando terminó la guerra Gehlen se encontraba en Baviera, en el sur de Alemania. Después de enterrar en un lugar recóndito sus archivos secretos con información sobre los soviéticos, el veintidós de mayo de 1945 se entregó a los americanos. En aquella época la CIA no existía todavía. En su lugar se había creado la OSS (Office of Strategic Services). Gehlen ofreció un trato a la OSS: entregaría sus archivos sobre la URSS a cambio de su libertad y la de los miembros de su grupo.

La OSS aceptó encantada. Después de todo, Gehlen no era nazi, ni miembro de las SS, ni de la Gestapo. Era sólo un militar alemán que había vestido su uniforme y luchado por su país. De esa manera los americanos resolvieron el conflicto de conciencia que les impedía trabajar con los alemanes.

La OSS cumplió su parte, y no sólo eliminó el nombre de Gehlen y el de sus compañeros de la lista de prisioneros de guerra, sino que se los llevó a todos a los Estados Unidos para trabajar en la creación de un servicio de inteligencia en los países soviéticos. A mediados de 1946, Gehlen ya estaba de vuelta en Alemania y, con dinero norteamericano, creó la Organización Gehlen, una red de espías en países del bloque soviético formada por sus antiguos colaboradores y que se encontraba bajo la supervisión directa de la OSS.

—¿Y no había ningún nazi en esa red? —preguntó Trevor-Roper.

—Bueno —White hizo un gesto de contrariedad ladeando ligeramente la cabeza—, al principio el general Gehlen fue bastante cauto y aceptó en la Organización únicamente a agentes con un historial menos... radical. Pero con el tiempo las exigencias del servicio aumentaron y se abrió la puerta a todo tipo de nazis que tuviesen algo que aportar.

En el año 1947, continuó White, se constituyó la CIA a partir de la antigua OSS y para entonces la Organización Gehlen tenía entre sus filas a cientos de agentes diseminados por toda Europa del Este y la URSS. El Reino Unido, si bien nunca vio con buenos ojos aquella red de espías nazis amigos, ya había puesto a su servicio de seguridad exterior, el MI6, a colaborar con la Organización en sus operaciones. A diferencia del MI5, que se ocupaba de la seguridad interior, el MI6 tenía encomendada la realización de operaciones fuera de las fronteras del Reino Unido.

La Organización Gehlen conoció momentos de esplendor a finales de los cuarenta, pero entre 1952 y 1954 sus misiones más importantes en Albania y en Polonia acabaron en sonoros fracasos. Los agentes según aterrizaban en esos países eran detenidos y llevados a cárceles comunistas.

—Estos descalabros originaron serios conflictos entre la CIA, el MI6 y la Organización Gehlen —explicó White—. Nuestro MI6 afirmaba que los fracasos se debían a que una buena parte de los agentes de la Organización eran «dobles», es decir, en realidad trabajaban para los rusos. Gehlen se defendía diciendo que sólo fracasaban las operaciones en las que intervenía el MI6, lo cual demostraba que el que estaba infiltrado por los soviéticos era el servicio secreto británico.

—¿Cómo has dicho? ¿Nuestro servicio secreto infiltrado? —preguntó incrédulo Trevor-Roper—. ¿Y los estadounidenses qué dijeron?

—Los americanos dieron la razón a Gehlen.

El historiador se volvió hacia Dick White:

—No doy crédito —dijo—. ¿Me estás diciendo que éramos nosotros los que arruinábamos las operaciones?

—Eso no lo sé. Lo que sí sé es que en estos años el MI6 ha cometido algunos errores que nos han llevado a la situación que vivimos ahora.

White explicó que ya durante la Segunda Guerra Mundial los servicios de inteligencia británico y estadounidense pusieron en marcha un proyecto para interceptar y descifrar mensajes en clave de la URSS. El esfuerzo realizado por todos los participantes en aquella misión fue inmenso y se tardó mucho tiempo en conseguir que el espionaje empezase a dar sus frutos. Ya terminada la guerra, en 1949, el sistema de escuchas seguía en marcha, pero el FBI detectó que un topo estaba informando a la Unión Soviética de las actividades de los angloamericanos.

La CIA investigó el origen de las filtraciones a Moscú, y poco después llegó a la conclusión de que éstas habían procedido de la embajada del Reino Unido en Washington. Los servicios secretos estadounidenses pusieron bajo vigilancia a todo el personal británico y, cuando el cerco sobre los culpables se estrechaba, dos agentes ingleses llamados Donald Maclean y Guy Burgess se subieron a un avión y huyeron a la Unión Soviética.

Indignados, los estadounidenses exigieron al MI6 que depurara su organización. En particular, la CIA sostenía que aparte de Maclean y Burgess había un tercer hombre del MI6 que seguía informando a la URSS, y sus sospechas recaían en un agente británico llamado Kim Philby.

—A Philby lo conocí yo durante la guerra —intervino Trevor-Roper—. No me parece que sea un agente soviético.

—Ninguno lo parece, Hugh.

El Reino Unido contestó a la CIA que el *affaire* de Maclean y Burgess era un caso aislado y que el MI6 no estaba infiltrado por agentes soviéticos. Los norteamericanos, fuera de sí, advirtieron a los británicos que si no retiraban a Kim Philby de los Estados Unidos serían ellos mismos los que tomaran otras medidas más drásticas. El MI6 transigió, y Philby fue enviado a Londres discretamente. Sin embargo, el servicio secreto británico se mantuvo en sus trece de no emprender investigaciones internas exhaustivas, pues insistía en que no estaba infiltrado.

—Aquello, como era de esperar, no satisfizo a la CIA —añadió Dick White mientras daba una profunda calada a su cigarrillo—. Fue entonces cuando alguien en los Estados Unidos dijo que el servicio secreto más infiltrado del mundo era el MI6, y Allen Dulles, el director de la CIA, tomó en consideración las advertencias de Gehlen sobre el MI6 y lo dejó fuera de algunas operaciones.

Esta decisión de la CIA predispuso aún más al Reino Unido contra la Organización Gehlen. En marzo de 1952 hubo una filtración al diario inglés *Daily Express*, que sacó a la luz pública la Organización Gehlen describiéndola como un nido de nazis. La publicación de esta noticia generó una gran alarma entre la opinión pública inglesa, que se posicionó mayoritariamente contra el trabajo de los servicios secretos occidentales.

La CIA, encolerizada, acusó al Reino Unido de hacer el juego a los soviéticos atacando a la Organización Gehlen y boicoteando la ayuda que los alemanes estaban prestando a Occidente contra la URSS. De hecho, cuando salió la noticia en el *Daily Express* la prensa soviética lanzó una campaña propagandística de desprestigio de las democracias occidentales, acusándolas de emplear antiguos asesinos nazis en tareas de terrorismo en su país.

—Supongo, Dick, que los estadounidenses nos reprochaban haber puesto a su propia opinión pública en contra de la CIA.

—Más que eso —confesó el director del MI5—. Lo que más nos echaban en cara es que nosotros también estábamos usando a escondidas a antiguos nazis.

Las relaciones entre la CIA y el MI6 se agravaron aún más cuando los americanos descubrieron el trato que el Gobierno británico había dado a

Horst Kopkow. Kopkow era un oficial de las SS que desde su despacho de Berlín ordenó asesinar a cientos de paracaidistas y agentes secretos aliados. Detenido por la policía militar británica a finales de mayo de 1945, Horst Kopkow fue empleado por el Reino Unido durante varios años para conocer los sistemas de detección de espionaje soviético. El problema era que Kopkow estaba incluido en la lista de criminales de guerra, y los ingleses, en lugar de entregarlo a la justicia, anunciaron que había muerto y solicitaron que se eliminase su nombre de la lista. Poco después, Kopkow fue liberado en la zona británica de la República Federal de Alemania con una nueva identidad.

—Cuando la CIA descubrió el trato que hicimos con Horst Kopkow nos puso de vuelta y media, como te podrás imaginar —concluyó White.

—Entiendo, Dick. Y me hago cargo del problema. Pero lo que aún no sé es qué hago yo camino del aeropuerto de Heathrow.

—A eso voy. El caso es que cuando más tensa estaba la cuerda entre la CIA y el MI6 ha ocurrido algo que ninguno de nosotros podía imaginar, y ahí entras tú. —White hizo una pausa antes de continuar—: ¿Recuerdas a Heinrich Müller?

—¿Heinrich Müller? ¿El director de la Gestapo? Fue uno de los mayores criminales de guerra nazis.

—Efectivamente.

—Claro que lo recuerdo. Estuvo en el búnker de la Cancillería de Berlín hasta el mismo día que se suicidó Hitler. Luego se desvaneció en el aire, simplemente desapareció sin dejar rastro. Müller y Martin Bormann, el secretario de Hitler, son los dos únicos dirigentes nazis que estuvieron en el búnker del Führer de los que no se sabe si están vivos o muertos.

—Bueno, pues en el caso de Müller ya lo sabemos: fue detenido anteayer en Bonn por el MI6.

El rostro de Trevor-Roper esbozó una mueca de sorpresa.

—¿Müller detenido? Yo lo daba por muerto —dijo el historiador.

—¿Por qué?

—Por simple sentido común. Un criminal del tamaño de Müller no puede estar oculto durante mucho tiempo. Antes o después alguien lo termina delatando. Por dinero, por venganza..., por cualquier razón.

—Pues ni había muerto, ni lo han delatado. Se entregó él solito.

Trevor-Roper reflexionó unos instantes mientras Dick White apagaba el cigarrillo en el cenicero de la portezuela. El coche entraba en aquel momento en la terminal de salidas internacionales del aeropuerto de Heathrow.

—Bien —dijo el historiador—, no deja de ser una buena noticia. Puede que Müller sea capaz de explicarnos qué sucedió justo después del suicidio

de Hitler. Como sabes, nunca he conseguido entrevistar a ningún testigo directo de...

—No sigas, Hugh. No vas a poder hablar con él. Lo detuvimos hace dos días, pero murió asesinado ayer. —White sacó otro cigarrillo, lo encendió y por detrás de su humo azulado siguió hablando—: Y eso es todo lo que sé. Hace unas horas, en mitad de la noche, recibí una llamada del director del MI6, John Sinclair, contándome lo de Müller y pidiéndome tres cosas: que te localizara, que te entregara la documentación que pusiste a disposición del MI5 cuando terminaste tu investigación sobre la muerte de Hitler en 1945 y que te metiera en un avión con destino a Bonn.

El vehículo se detuvo. Los dos hombres bajaron y White recibió de sus guardaespaldas dos voluminosas carpetas repletas de papeles y un libro. El director del MI5 entregó todo a Trevor-Roper.

—Aquí tienes —dijo White—, los papeles de trabajo con los interrogatorios e informes que elaboraste en 1945. Y un ejemplar de tu libro por si lo necesitas. El responsable del MI6, John Sinclair, te proporcionará más tarde todos los detalles de tu misión.

—¿Sinclair está ya en Bonn?

—Si no ha llegado ya, estará a punto de hacerlo.

Dick White extrajo un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y se lo entregó al historiador. Dentro había un billete de avión a su nombre. Sólo de ida.

Trevor-Roper se despidió del director del MI5 y se dirigió al mostrador de facturación. Poco después se encontraba sentado en la fila siete de un Douglas DC-3 de British European Airways camino de la República Federal de Alemania.

El profesor de Oxford miró por la ventanilla mientras sobrevolaba el canal de la Mancha. Diez años después, con una premura inusitada, el servicio secreto británico volvía a precisar de sus servicios. La curiosidad sobre el objeto de su misión le hacía divagar acerca de lo que había ocurrido en Alemania durante esos últimos días. ¿Por qué lo llamaban a él? ¿Qué relación había entre su trabajo de 1945 y la muerte de Heinrich Müller? ¿Y entre Müller, el MI6 y la CIA?

Finalmente, incapaz de llegar a una conclusión, optó por retomar la lectura de su libro y revivir los últimos días de Hitler en el búnker de la Cancillería de Berlín.

* * *

El capítulo final de la vida de Adolf Hitler empezó a escribirse el veinte de abril de 1945. Ese día el Führer cumplía cincuenta y seis años y, a diferencia de otras

ocasiones, en Berlín no se organizaron festejos ni desfiles en su honor. La guerra estaba perdida para las fuerzas alemanas, y los soviéticos se encontraban a pocos kilómetros de la capital del Reich. En cuestión de días el Ejército Rojo conseguiría cercar la ciudad. Berlín era por entonces un sombrío bosque de ruinas. Desde hacía muchos meses los bombardeos aliados la habían convertido en un amasijo de hierros y escombros.

El propio Hitler no era ni la sombra de lo que había sido años antes. A juzgar por los que lo vieron durante aquellos días, puede decirse que era una ruina física y psíquica. Aparentaba mucha más edad de la que tenía, e incluso en ocasiones mostraba síntomas de senilidad. Los ojos se le habían hundido y con frecuencia se le humedecían e inyectaban en sangre. El pelo se le había vuelto de color gris, no conseguía mantenerse erguido y tenía problemas para conservar el equilibrio. Le temblaban violentamente ambas manos, en particular la izquierda, que solía sujetarse con la derecha para controlarla. Algunos de sus médicos sospecharon que padeciese Parkinson.

El día de su cumpleaños, el Führer recibió la felicitación de los principales jefes nazis. Entre ellos se encontraban Hermann Göring, jefe de la fuerza aérea, número dos del Tercer Reich y sucesor de Hitler, y también Heinrich Himmler, director de las SS. Ambos eran los camaradas más antiguos y fieles de Hitler. Al terminar la recepción, los dos salieron de Berlín para no regresar jamás.

Sin embargo, el Führer permaneció en la capital, en el búnker de la Cancillería donde vivía recluido desde hacía varias semanas. El búnker era un refugio subterráneo de dos plantas, excavado siete metros bajo tierra. La planta de arriba daba a la propia Cancillería y estaba destinada fundamentalmente a tareas de servicio. El piso de abajo era el búnker privado del Führer, al que sólo unos pocos podían acceder. Desde ese piso inferior, donde también había una pequeña clínica, se podía salir directamente al exterior a través de una salida de emergencia que daba al jardín, en la parte de atrás. La vida en el refugio era dura. Las bombas que continuamente caían sobre él sacudían sus paredes, haciéndolo temblar y rezumar polvo y tierra. Los cortes de luz se producían de manera constante, la atmósfera estaba cargada y el olor era insostenible. Un superviviente lo definió como «trabajar en una letrina».

Los principales personajes del drama que se vivió en el búnker durante los diez días siguientes fueron siempre los mismos. Aparte de Hitler, los protagonistas fueron Joseph Goebbels y Martin Bormann. Goebbels era el ministro de Propaganda, y más tarde fue nombrado gobernador de Berlín y responsable de su defensa. Era un nazi fanático y radical, aunque su apariencia física endeble y su cojera, debida a una osteomielitis sufrida en la infancia, parecían ate-

nuar la agresividad de su carácter. Absolutamente devoto de Adolf Hitler, Goebbels manifestó su firme voluntad de correr la misma suerte que el Führer.

Por su parte, Martin Bormann era el secretario de Hitler. Leal, y siempre próximo al Führer, consiguió hacerse indispensable para su señor, hasta el punto de monopolizar su acceso. Sólo aquellos a los que Bormann autorizaba eran admitidos a presencia del Führer. Menudo, rechoncho y de aspecto insignificante, Bormann era temido y odiado a partes iguales mientras ejercía el poder en la sombra.

Aparte de esos protagonistas principales, el resto del reparto podría clasificarse en tres grupos de personas: los militares, los ayudantes personales del Führer y las mujeres.

A raíz del atentado planeado y ejecutado por muchos de sus generales el veinte de julio de 1944, que estuvo cerca de costarle la vida, Adolf Hitler perdió la poca confianza que le quedaba en el Estado Mayor del ejército alemán. Por esa razón purgó el alto mando de las fuerzas armadas y puso a su frente a militares de escaso talento pero indudablemente leales. El mariscal de campo Wilhelm Keitel era el comandante en jefe de las fuerzas armadas. Hombre servil y adulador, carecía de genio militar pero tenía la virtud de cumplir las órdenes de Hitler sin rechistar. Sus principales ayudantes eran dos, los generales Krebs y Burgdorf. El general Hans Krebs había sido antes de la guerra agregado militar de la embajada alemana en la Unión Soviética. Era partidario de la amistad entre los dos países, hablaba ruso y se dice que un día fue abrazado afectuosamente por el mismísimo Stalin. El general Wilhelm Burgdorf, por su parte, era amigo personal de Bormann, y gracias a ello ascendió pronto hasta convertirse en un militar admitido en el círculo estrecho del Führer.

Otro grupo de habitantes del búnker estaba constituido por los ayudantes personales de Hitler. Entre ellos destacaba su criado Heinz Linge, su ayudante de las SS Otto Günsche, su chófer, su piloto personal, su médico Ludwig Stumpfegger y los jefes de su cuerpo de guardaespaldas, el general de las SS Johann Rattenhuber y su subordinado, el teniente coronel de las SS Peter Högl.

El último grupo de habitantes eran las mujeres. Sus secretarías, Traudl Junge y Gerda Christian, su cocinera Constanze Manziarly y su amante, Eva Braun, una chica risueña y despreocupada por la política que llegó a Berlín cuando casi estaba sitiada por los soviéticos para acompañar a Hitler hasta el final.

El día después de su cumpleaños, el veintiuno de abril, Hitler ordenó una gran ofensiva contra la tenaza rusa que se cerraba sobre Berlín. Fue llamado el «ataque Steiner», pues iba a ser llevado a cabo por el noveno ejército, al mando de un general de las SS llamado Félix Steiner. El ataque no se llegó a producir pues hacía tiempo que Steiner había dejado de tener fuerzas operativas.

Cuando al día siguiente, domingo veintidós de abril, se informó a Hitler de que el ataque no se había efectuado, el Führer montó en cólera y, hundido, declaró que la guerra estaba perdida. Pero él no saldría de Berlín, no huiría al sur a dirigir desde allí el Tercer Reich. Permanecería en la capital, defendiéndola personalmente. Y si Berlín caía él se suicidaría.

Sus ayudantes y generales trataron de calmarlo y le propusieron ordenar al duodécimo ejército del general Wenck dirigirse a Berlín para rescatar la ciudad. El ejército de Wenck, a diferencia del de Steiner, estaba bien pertrechado. Hitler se animó, aprobó el proyecto y ordenó a Keitel ir en busca de Wenck para transmitirle personalmente las órdenes. En el búnker quedaron los militares Krebs y Burgdorf.

Sin embargo, lo peor estaba aún por venir. El veintitrés de abril se recibió en el refugio un telegrama del jefe de la fuerza aérea y sucesor de Hitler, Hermann Göring, preguntando al Führer si consideraba oportuno que él, Göring, se hiciese cargo del Gobierno del Reich. Hitler se enojó, lo destituyó en el acto y ordenó que fuese arrestado. Aquella traición de Göring supuso un duro golpe; sin embargo, otro mucho peor se estaba gestando cerca de la frontera danesa. Allí, el Reichsführer de las SS Heinrich Himmler se puso en contacto con los estadounidenses a través del Gobierno sueco para ofrecerles la paz en Occidente. Himmler estaba convencido de que los americanos aceptarían su ofrecimiento y quedó a la espera de la respuesta aliada.

Entre tanto, la situación en Berlín era cada vez más desesperada. Se luchaba casa por casa. Los alemanes habían movilizado incluso a ancianos y niños de doce años a los que estaban enviando a combatir contra el Ejército Rojo sin adiestramiento ni equipo alguno. Las SS recorrían las calles ahorcando por desertión a todo aquel que, a su juicio, no había empuñado las armas en defensa de la ciudad. La consigna del ministro Goebbels era: «Resistid, en poco tiempo llegará el ejército de Wenck y salvará a la ciudad de los soviéticos». Sin embargo, a pesar de todo, los rusos fueron venciendo la resistencia nazi durante el veinticuatro de abril y así, el veinticinco, consiguieron rodear completamente la ciudad. El asedio de Berlín había empezado.

La moral de los ocupantes del búnker se encontraba por los suelos. Hitler se preguntaba cómo era posible que Wenck tardase tanto en llegar y repetía a todos sus colaboradores que en ningún caso caería en manos de los rusos. Físicamente no podía empuñar un arma y salir a luchar, pues el riesgo de ser herido y hecho prisionero era altísimo. Así pues, en el último momento, cuando los rusos estuviesen a las puertas del búnker, se suicidaría. Hitler repartió entre todos los miembros de su círculo íntimo ampollas de cianuro de potasio, un veneno muy potente que actúa con rapidez provocando la muerte y dejando en el ambiente un olor intenso a almendras amargas.

Sin embargo, no todos en el búnker estaban por la labor de morir por Hitler y la causa nazi. Un oficial de las SS se escabulló del búnker sin permiso con el objeto de abandonar la ciudad tan pronto como le fuese posible: se trataba del Obergruppenführer de las SS Hermann Fegelein.

Fegelein era un hombre inculto y antipático cuya fortuna se labró el tres de junio de 1944 cuando se casó con Gretl, la hermana de Eva Braun. A partir de ese momento fue admitido en el restringido círculo de íntimos de Hitler, ocupando el cargo de oficial de enlace de su superior, Heinrich Himmler. La relevancia de Fegelein en la vida del búnker era tan limitada que su huida pasó desapercibida durante dos días. Finalmente, el veintisiete de abril, Hitler solicitó su presencia y fue entonces cuando se descubrió que llevaba tiempo ilocalizable. En el refugio de la Cancillería se respiraba continuamente el aroma de la traición, y Hitler ordenó a su cuerpo de guardaespaldas que saliesen a buscar a Fegelein y lo trajesen de vuelta al búnker de inmediato. Las órdenes se cumplieron y Fegelein fue degradado y encarcelado.

El día siguiente, sábado veintiocho de abril, fue otra jornada de alta tensión. Los ocupantes del búnker desesperaban aguardando noticias del ejército de Wenck, mientras el bombardeo ruso se hacía más intenso y el Ejército Rojo se acercaba cada vez más a la Cancillería. Hitler, desquiciado, envió un telegrama al mariscal de campo Keitel preguntándole dónde estaba Wenck y cuánto faltaba para su llegada a Berlín.

El drama se convirtió en tragedia a las nueve de la noche, cuando un funcionario del Ministerio de Propaganda llegó al búnker con una nota de prensa de Reuters en la que se informaba de algo que ni el más pesimista de los nazis podía sospechar. El funcionario que llevó la noticia, temeroso de que se culparse al mensajero, entregó una copia al criado de Hitler, Heinz Linge, y se escabulló a toda prisa. El mensaje decía que el Reichsführer de las SS Heinrich Himmler había ofrecido la capitulación a los angloamericanos, pero que éstos la habían rechazado.

Lo que siguió fue definido por los que lo presenciaron como el peor ataque de ira que Hitler sufrió nunca. Era lo último, la peor de las puñaladas que podían darle. Sus SS, el cuerpo más fiel y devoto, le había abandonado. Ni siquiera podía confiar en su incondicional camarada, Himmler, quien había basado las SS sobre el principio de la lealtad. Hitler se convenció de que aquello era el fin. No había salida posible para él: definitivamente se suicidaría.

Pero antes debía evitar que los traidores se salieran con la suya. Cuando conoció la noticia de la traición de Himmler se le abrieron los ojos. Ya sabía por qué el ataque de Steiner había fracasado: fue Himmler quien ordenó a Steiner no moverse. Todo aquello era un complot de las SS contra él, en el que también estaba implicado su «cuñado» Hermann Fegelein. Por eso había huido.

En realidad, todas esas sospechas de Hitler eran infundadas, pues nunca hubo ningún complot de las SS contra su vida, ni ninguna orden a Steiner para que no atacase. No obstante, la venganza del Führer se cumpliría igualmente. Hitler dio instrucciones al jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, para interrogar a Fegelein y después fusilarlo. El prisionero fue llevado al búnker y las órdenes se cumplieron.

Hitler inició entonces los preparativos de su suicidio. Justo después de medianoche, ya en veintinueve de abril, Goebbels hizo venir al búnker a un funcionario para desposar a Hitler con Eva Braun. La ceremonia duró pocos minutos y se ofició en la sala de los mapas, donde Hitler celebraba las conferencias militares. Los contrayentes manifestaron su consentimiento y firmaron el acta. A continuación se celebró un discreto ágape en el que unos pocos invitados tuvieron ocasión de felicitar a los recién casados.

A las dos de la madrugada Hitler se retiró a una sala adyacente para dictar a su secretaria Frau Junge su testamento político y su testamento personal. El primero de ellos se trataba de una proclama política en la que Hitler se declaraba inocente del estallido de la guerra. Él no la deseaba y, de hecho, en varias ocasiones ofreció el desarme. Pero el judaísmo internacional y sus financieros habían preferido la guerra. El testamento político terminaba con un último recuerdo para sus antiguos camaradas Hermann Göring y Heinrich Himmler. Ambos eran desposeídos de todos sus cargos y pasaban a la historia nacional-socialista como los peores traidores. En lugar de Göring, Hitler nombraba como su sucesor al Gran Almirante Dönitz, un marino nazi y leal. Asimismo designaba canciller del Reich a Joseph Goebbels, un nombramiento algo extraño, pues su mandato habría de durar muy poco al estar él también sitiado en Berlín.

En el testamento personal Hitler legaba sus propiedades al partido y, si éste no existía, al Estado. Los testamentos se firmaron a las cuatro de la madrugada y después Hitler se retiró a descansar.

Mientras el Führer reponía fuerzas, Goebbels dictó a Frau Junge un apéndice al testamento político de Hitler. En él expresaba su deseo de morir en Berlín junto al Führer, puesto que en el futuro que esperaba a Alemania los ejemplos serían más importantes que las personas. Y él pretendía donar un ejemplo de fidelidad a las generaciones venideras.

A las cinco y media de la madrugada, el Führer se levantó para vivir sus últimas diez horas en este mundo. Empezaba así el último día de la vida de Adolf Hitler.

* * *

El tren de aterrizaje del Douglas DC-3 procedente de Londres impactó violentamente con la pista del aeropuerto de Colonia/Bonn. La sacudida despertó a Hugh Trevor-Roper, que se había quedado profundamente dormido. Era la una y media de la tarde. El cielo estaba cubierto y, cuando se abrió la compuerta, un viento helado golpeó el rostro del profesor de Oxford. Desde lo alto de la escalerilla Trevor-Roper pudo ver un coche Opel Olympia Rekord de color negro. Frente a él, a un par de metros, le esperaba un oficial británico de uniforme. Cuando Trevor-Roper llegó a su altura comprobó que se trataba de un teniente. Era alto, muy delgado, con mejillas coloradas y ásperas que despedían un fuerte olor a loción de afeitado.

El historiador se identificó y fue invitado a pasar a la parte trasera del vehículo. Allí dejó junto a él su abrigo, su sombrero, el libro y las dos carpetas que le había entregado Dick White. El teniente se puso al volante y arrancó el motor.

—Nos dirigimos a la embajada del Reino Unido —dijo mirando a su pasajero por el espejo retrovisor—. Estamos a unos veinte kilómetros. Con el tráfico que hay tardaremos una media hora aproximadamente.

Trevor-Roper asintió con la cabeza y se arrellanó en el asiento, dispuesto a pasar esos treinta minutos de la manera más cómoda posible. En su cabeza resonaba la impactante noticia que Dick White le había dado en su domicilio unas pocas horas antes. Le parecía asombroso que Müller hubiese escapado vivo de Berlín en 1945, todavía más asombroso que hubiese reaparecido diez años más tarde, y el colmo de lo asombroso que sólo unas horas después hubiese sido asesinado.

En la documentación que Trevor-Roper había recopilado en 1945 no había demasiado material sobre Heinrich Müller. Mejor dicho, no había casi nada. Su papel en el búnker de la Cancillería fue muy secundario. Sólo había sido citado explícitamente por un par de testigos durante el «*affaire Fegelein*», cuando le ordenaron interrogar al «cuñado» de Hitler, que había sido acusado de desertión. Aparte de eso, por lo visto, entró y salió del búnker algunas veces, pero su suerte después del treinta de abril fue un misterio para todos.

La única persona a la que pudo entrevistar Trevor-Roper que le habló algo más extensamente sobre Müller fue un subordinado suyo que le reveló que Heinrich Müller en realidad no era un nacionalsocialista histórico. No llegó al puesto que ocupó como consecuencia de muchos años de lucha por la causa nazi, como era lo habitual en aquella época, sino porque era un buen profesional, un buen policía.

Porque eso era Müller: un policía. Nació en 1900 en Múnich (Baviera) y a los diecinueve años ingresó en el cuerpo. No se afilió al Partido Nazi hasta 1939, cuando Hitler ya llevaba seis años en el poder. De hecho, durante el

golpe de Estado que los nazis intentaron en 1923, Müller participó en su represión, destacándose por el celo con que luchó contra los nazis.

Estos episodios le granjearon bastantes enemistades entre los nacionalsozialistas, pero el gran espíritu de sacrificio y las muchas horas de abnegado trabajo de Müller impresionaron a Reinhard Heydrich, primer director del servicio de seguridad del Reich, el RSHA. Heydrich protegió al policía bávaro y lo ascendió a director de la Gestapo. Cuando en 1942 Heydrich fue asesinado en Praga, su sucesor Ernst Kaltenbrunner mantuvo a Müller en el puesto.

Sin embargo, a pesar de los ascensos y la gran responsabilidad que el Estado nazi puso sobre los hombros de Heinrich Müller, éste no fue ganado para la causa. Según el subordinado con el que habló Trevor-Roper, Heinrich Müller era en realidad comunista, y en una ocasión que cenaron juntos durante la guerra, un Müller algo bebido le aseguró que Hitler tenía mucho que aprender de Stalin.

Pero aparte de esto, poco era lo que Trevor-Roper sabía del director de la Gestapo. El carácter de Müller, su personalidad, su pensamiento, sus amistades... Todo estaba rodeado de un espeso humo, como el de una sauna. Un humo agrio y caliente que irritaba los ojos e impedía distinguir con precisión la verdad de la mentira.

El profesor de Oxford negó con la cabeza. Allí había algo raro. Después de los intensos bombardeos de Berlín, la Gestapo había trasladado su sede al sur, a Baviera. Por esa razón los subordinados de Müller habían sido evacuados de Berlín. Tampoco sus jefes directos, Ernst Kaltenbrunner y Heinrich Himmler, se encontraban en la capital del Reich. Además, el propio Müller no era un nazi fanático. Antes al contrario, parecía ser un militante de izquierdas al que ahora le tocaba trabajar bajo el Gobierno de turno. Por lo tanto, su deseo de inmolarse en el altar del nazismo no era creíble.

Y, sin embargo, pensó Trevor-Roper, Heinrich Müller se encontraba en Berlín a finales de abril de 1945. En unos días en que la ciudad estaba sitiada por el Ejército Rojo, era bombardeada a diario y de la que salir resultaba prácticamente imposible, Heinrich Müller se metió solo, por su libre voluntad, en la ratonera.

Mientras el vehículo se aproximaba a la embajada británica en Bonn, una pregunta rondaba sin respuesta por la mente del profesor de Oxford: ¿qué hacía Heinrich Müller en Berlín a finales de abril de 1945?

* * *

El teniente británico detuvo el Opel Olympia en la verja de acceso a la embajada británica y mostró su tarjeta de identificación al soldado que hacía guar-

dia en la garita. Obtuvo la autorización para pasar y, rodeando un parterre con flores de distintos colores, aparcó el coche delante de la puerta principal. El edificio era un sólido bloque rectangular de color blanco con tres hileras de ventanas muy juntas, una por cada piso. A la derecha había una fachada que sobresalía de la construcción en donde se encontraba el acceso principal con la bandera de la Union Jack. Alrededor de todo el complejo había unos cuantos árboles de hoja caduca, a una distancia unos de otros de unos quince metros.

Los dos hombres subieron los escalones que daban acceso al edificio. Al fondo se podía oír el sonido algo amortiguado de máquinas de escribir y teléfonos que sonaban. En la misma puerta vieron a un hombre de pelo blanco y largas patillas pulcramente vestido con una levita. El teniente se dirigió a él.

—Buenas tardes —dijo—. Éste es el profesor Trevor-Roper.

—Perfectamente. Gracias, teniente.

El militar se despidió del historiador y bajó las escaleras para marcharse en el Opel. El anciano se dirigió entonces a Trevor-Roper.

—Permítame su abrigo, señor —dijo—. Soy el mayordomo de la embajada. Si es tan amable de acompañarme.

El historiador siguió a aquel hombre, quien lo condujo al piso superior a través de una amplia escalera de madera. Una gruesa alfombra daba la bienvenida a lo que Trevor-Roper supuso que era la planta noble de la embajada, en la que se alternaban unos enormes cuadros con retratos de graves semblantes y puertas de doble hoja. En una de ellas se detuvo el mayordomo y llamó con los nudillos.

—El profesor Trevor-Roper —anunció.

El historiador pudo oír cómo una voz decía desde el interior: «Adelante». Trevor-Roper entró entonces en una sala de reuniones. El centro de la habitación estaba ocupado por una mesa rectangular con unas veinte butacas en torno a ella. Dos inmensos ventanales permitían la entrada de luz natural. En el interior sólo había un hombre de unos sesenta años, calvo, de nariz aguileña, vestido con un traje gris con chaleco y sentado en la cabecera de la mesa. El hombre se quitó las gafas que usaba para leer y se levantó apenas Trevor-Roper hubo entrado en la sala.

—Profesor, encantado de conocerlo. Soy John Sinclair.

El historiador estrechó la mano del director del MI6. De cerca pudo comprobar cierta premura en los movimientos de aquel hombre, que despidió al mayordomo agradeciéndole su ayuda mientras señalaba una silla junto a la suya para que la ocupase el recién llegado.

—Le ruego que disculpe nuestra urgencia en requerir su presencia —continuó Sinclair—. No le quepa duda que ésta es sumamente importante para

nosotros en las actuales circunstancias. No sé si Dick White ha tenido ocasión de explicarle algo de lo ocurrido aquí en Alemania recientemente.

—Lo único que sé es que Heinrich Müller, el antiguo director de la Gestapo, fue detenido hace dos días pero murió asesinado ayer.

—Efectivamente. —Sinclair extrajo una pitillera del bolsillo interior de su chaqueta y ofreció un cigarrillo a Trevor-Roper, quien declinó la invitación y sacó su pipa—. Este inesperado episodio ha puesto en serias dificultades a nuestro servicio secreto, que ahora se ve en la obligación de explicar a nuestros aliados estadounidenses unos hechos que desconocemos totalmente.

—Supongo que se refiere a la muerte de Müller.

—Así es. Le explicaré la historia tal y como nosotros la conocemos. Estos hechos son los mismos que he expuesto a Allen Dulles, el director de la CIA. Dulles me ha confirmado que el servicio secreto estadounidense desea abrir una investigación para esclarecer la muerte de Müller y pedir responsabilidades a quien corresponda. Uno de sus agentes está de camino y llegará aquí en pocos minutos. Supongo que él habrá recibido la misma información que yo le daré ahora a usted. Su misión, profesor, será acompañar y colaborar con ese agente en la investigación acerca de la muerte de Müller. —Sinclair hizo una pausa, luego añadió—: El americano es un agente experimentado. Él tiene encomendada su seguridad personal, así que le pido que siga sus instrucciones en todo momento.

Aquella recomendación alteró un poco el ánimo de Trevor-Roper, poco acostumbrado a requerir el tipo de cuidados sugerido por Sinclair.

—De acuerdo —dijo—. Pero ¿por qué yo? Carezco de experiencia y conocimientos para poder llevar a cabo unas pesquisas de ese tipo.

—Se equivoca. Es el hombre ideal para esta misión. Permítame que le ponga en antecedentes. Cuando llegue el agente americano les contaré a ambos la parte de la historia que justifica su presencia aquí. Esa parte aún no la conoce nadie.

—De acuerdo. Le escucho.

Sinclair se reclinó sobre su butaca, cruzó las piernas y empezó a hablar. Tres días antes, el domingo nueve de octubre, el contacto del MI6 en la embajada británica en Bonn recibió una llamada telefónica de Horst Kopkow, el criminal nazi al que el servicio secreto británico protegía bajo una nueva identidad como parte de su trato con el Gobierno inglés. Kopkow dijo al MI6 que el antiguo director de la Gestapo, Heinrich Müller, se había presentado inesperadamente la noche anterior en su casa con un mensaje para el Gobierno británico: entregaría información de inteligencia sobre el bloque soviético, en particular sobre los agentes dobles de la Organización Gehlen, a cambio de un trato parecido al que consiguió Kopkow.

La noticia llegó rápidamente a la sede del MI6, en el número 54 de Broadway, en Londres. John Sinclair se reunió con sus colaboradores más estrechos para tomar una decisión al respecto. En un principio todos ellos estaban encantados con las noticias que traía Müller, pues confirmaban las viejas sospechas del servicio secreto británico: la Organización Gehlen estaba profundamente infiltrada por los soviéticos, y Müller podía demostrarlo. Esto quizá sirviese para aliviar la presión que durante los años anteriores venía ejerciendo la CIA sobre el MI6 debido a los fracasos de las misiones de la Organización.

Sin embargo, había serios problemas para aceptar la oferta de Müller. Todos los consejeros de Sinclair estuvieron de acuerdo en que una cosa era pactar con un asesino de segunda categoría como Kopkow, pero otra muy distinta era negociar con un criminal de primera como Heinrich Müller. Después de mucho deliberar, el MI6 decidió no aceptar el trato, pero ofrecer a Müller otra posibilidad: si se entregaba, después de ser interrogado por el MI6, sería enviado al propio Reinhard Gehlen, quien seguramente estaría interesado en sus informes y podría ayudarle a desaparecer después a Sudamérica o algún otro destino remoto.

—¿Entregárselo a Gehlen? —Trevor-Roper no daba crédito a sus oídos—. ¿Por qué razón?

—Porque, aunque parezca extraño, nos interesaba. Verá, si la información de Müller era cierta, y nosotros estábamos convencidos de que lo era, Gehlen purgaría su Organización, demostrando que el MI6 tenía razón en sus acusaciones. Por ello, nada más entregarle al prisionero pusimos en marcha un dispositivo para vigilar los movimientos de Gehlen. Si desarticulaba a sus agentes dobles nosotros lo averiguaríamos y probaríamos a la CIA que nuestras sospechas eran correctas.

—¿Y no avisaron a la CIA de que Müller estaba en poder de ustedes?

—No.

Los británicos decidieron no decir nada a la CIA sobre toda la cuestión, pues temían que los americanos exigiesen procesar a Müller por crímenes de guerra. En ese caso, los conocimientos del jefe de la Gestapo sobre la Organización Gehlen se irían a la tumba con él, y las esperanzas inglesas de desacreditar a Gehlen se difuminarían por completo.

Sinclair dio instrucciones para transmitir la oferta a Horst Kopkow, quien a su vez se la trasladó a Müller. Éste aceptó, se entregó el día siguiente, diez de octubre, y fue llevado a la embajada inglesa en Bonn, la misma donde ahora se encontraba Trevor-Roper. Mientras Müller era interrogado por el MI6, Sinclair llamaba a Reinhard Gehlen para ofrecerle el prisionero. El general aceptó la oferta y envió un coche desde Pullach, cerca de Múnich, donde tiene

su sede la Organización. Esa noche el plan inglés ya estaba en marcha: Müller se encontraba en poder de Reinhard Gehlen.

—Sin embargo, todo se torció ayer martes día once —dijo apesadumbrado Sinclair—. Gehlen me telefoneó a eso de las ocho de la tarde y me dio la noticia de la muerte de Müller. Había sido tiroteado en el apartamento de Múnich donde la Organización lo tenía escondido. Al ver que nuestro plan se había ido al diablo me encolericé con Gehlen y la discusión fue subiendo de tono. Yo le acusé a él de haber asesinado a Müller, y él me contestó que el MI6 le había tendido una trampa. En fin, terminamos colgándonos el teléfono.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Trevor-Roper.

Sinclair aspiró una profunda bocanada de humo antes de responder.

—Lo que ninguno de nosotros podía imaginar: Gehlen llamó a Allen Dulles, el director de la CIA, y le contó toda la historia —dijo con un tono resignado.

Cuando los estadounidenses conocieron los hechos, el lío adquirió una dimensión colosal. El MI6 acusaba a Gehlen de matar a Müller, Gehlen acusaba al MI6 de haber preparado todo para desacreditarlo, y la CIA acusaba a ambos de deslealtad por no decirles nada acerca de la aparición de Müller. Dulles dejó el caso en manos del jefe de contraespionaje americano, James Angleton, que se encontraba en París, y éste informó a todas las partes que se iba a abrir una investigación para aclarar lo sucedido con Müller.

—Cuando Angleton me informó acerca de su deseo de investigar el asesinato, yo le dije que era absolutamente imprescindible que el MI6 participase en las pesquisas. Y por eso está usted aquí. La comisión de investigación la forman dos personas: el agente de la CIA que está de camino, y usted.

En ese momento alguien llamó a la puerta de la sala de reuniones. Era nuevamente el mayordomo, quien anunciaba esta vez al mayor Oughton, de la CIA. Trevor-Roper enarcó sorprendido las cejas al escuchar aquel nombre. Sinclair autorizó la entrada del mayor.

El hombre que apareció por la puerta de doble hoja vestía de paisano y era alto, superaba el metro ochenta. Era fuerte pero no musculoso. Tenía los hombros cargados, el pelo corto y castaño peinado a raya y surcado por canas aquí y allá que delataban los casi cuarenta años que tenía. Vestía un traje gris sin chaleco, una camisa blanca y una corbata marrón cuyo nudo se había aflojado. El mayordomo se llevó su sombrero y la gabardina.

—Buenas tardes. Soy el mayor Oughton —dijo extendiendo la mano para saludar a los dos hombres.

—Encantado de conocerle —dijo el director del MI6—. Mi nombre es John Sinclair y éste es el profesor Hugh Trevor-Roper.

—Es un placer, profesor. He oído hablar de usted.

Trevor-Roper agradeció el cumplido con una sonrisa. John Sinclair se dirigió a continuación al agente americano:

—Tengo entendido que usted habla con fluidez el alemán, como el profesor.

—Efectivamente. Mi madre era austriaca —dijo Oughton.

—Excelente.

Sinclair escrutó por un momento el aspecto del agente de la CIA. En su rostro destacaban unas cejas finas, una perilla mal cuidada y unas profundas ojeras fruto del largo viaje que había emprendido para llegar a Bonn. El jefe del MI6 tomó asiento en la cabecera de la mesa de reuniones y, con un visitante a cada lado, empezó a hablar:

—Caballeros, como ya saben su misión consiste en esclarecer las circunstancias de la muerte de Heinrich Müller, que tuvo lugar ayer martes en Múnich en un piso franco de la Organización Gehlen. En esta investigación participaremos tanto la CIA como el MI6. Reinhard Gehlen, con quien se entrevistarán ustedes tan pronto como lleguen mañana a Múnich, prestará toda su colaboración en esta misión, aunque él no tiene ninguna autoridad sobre ella.

—Es decir —dijo Oughton—, que no tenemos obligación de informarle acerca de nuestros progresos.

—Efectivamente —confirmó el jefe del MI6—. No olviden, señores, que la víctima murió cuando se encontraba bajo la custodia de Gehlen, lo cual resulta de por sí bastante sospechoso.

Sinclair se inclinó sobre la mesa para consultar el contenido de un portafolio que había sobre ella. Extrajo de él dos carpetas y las dejó al alcance de su mano.

—Según creo —continuó Sinclair—, a ustedes dos se les ha puesto al corriente de los datos de que disponemos acerca de la muerte de Heinrich Müller. ¿Es así?

Oughton y Trevor-Roper asintieron con la cabeza. El jefe del MI6 continuó:

—Bien. Yo voy ahora a completar esa información con unos hechos que sólo ustedes deben conocer.

John Sinclair explicó que las instrucciones que el MI6 transmitió a Müller vía Horst Kopkow eran muy simples. Debía acudir a un apartamento en Bonn donde le estarían esperando dos agentes ingleses. Müller se presentó en aquel lugar y los dos agentes lo llevaron inmediatamente a la embajada británica. Allí se encontró con un agente especial del MI6 que hablaba un perfecto alemán y le aguardaba para interrogarle. El jefe de la Gestapo preguntó si Gehlen ya había llegado para hacerse cargo de él, pero el agente le contestó que no. An-

tes de ir con la Organización, Müller debería hablar con el servicio secreto británico, tal y como habían convenido. El director de la Gestapo aceptó.

El agente del MI6 comenzó preguntándole acerca de su vida después del fin de la Segunda Guerra Mundial. Müller explicó que desde que terminó la guerra había permanecido primero en la Unión Soviética y después en la República Democrática de Alemania. Los rusos le habían concedido asilo como contraprestación de unos servicios que por el momento Müller se negó a revelar.

Sin embargo, justo después de la muerte de Stalin, en 1953, un amigo suyo del servicio secreto ruso, el KGB, le advirtió de que el nuevo Gobierno de la URSS no tenía la menor intención de seguir protegiéndolo. Müller se vio entonces en la imperiosa necesidad de huir a la República Federal de Alemania, lo cual hizo no sin dificultad en la primavera de 1955. El agente del MI6 preguntó a Müller cómo consiguió cruzar el telón de acero, pero nuevamente el antiguo director de la Gestapo declinó contestar.

En la República Federal, Müller encontró ayuda por parte de antiguos camaradas de la Gestapo pero, según él, el auxilio de esas personas no podía prolongarse durante mucho tiempo. En su consecuencia era preceptivo para su seguridad personal contar con la protección de una potencia occidental. El antiguo director de la Gestapo tenía conocimiento de la huida a la URSS de los espías británicos Maclean y Burgess. Müller pensó en consecuencia que sus informaciones sobre la Organización Gehlen podrían resultar de gran interés para el MI6, que sin duda habría salido mal parado por la defección de aquellos dos infiltrados rusos.

Sus amigos alemanes le sugirieron entrar en contacto con Horst Kopkow, quien tiempo atrás había conseguido un acuerdo con el Reino Unido similar al que pretendía Müller. El director de la Gestapo decidió ir a Gelsenkirchen, donde residía Kopkow, y allí permaneció unos días mientras éste trasladaba al MI6 su oferta. El resto ya era conocido por sus captores británicos.

El agente secreto inglés le preguntó entonces qué tipo de información tenía sobre la Organización Gehlen. Müller respondió que la URSS había descubierto muy pronto los planes americanos para crear una red de espías alemanes en territorio soviético bajo el mando de Reinhard Gehlen, y se puso a trabajar inmediatamente para identificar a alguno de ellos. En poco tiempo, el KGB consiguió localizar a un par de agentes y los convirtió en «dobles», es decir, empezaron a trabajar para la Unión Soviética sin que lo supiera Gehlen. Gracias a esos dos primeros agentes dobles fue obteniendo algún nombre más y, finalmente, la URSS pudo reclutar a un puñado de ellos. Müller decía conocer la identidad de tales agentes dobles.

El interrogador del MI6 se mostró escéptico. Preguntó al prisionero si podía demostrar la veracidad de sus afirmaciones. Müller respondió que no,

pero que si procedían a investigar los nombres que él señalase descubrirían que no mentía. El agente del MI6 pidió un ejemplo, y el jefe de la Gestapo dio uno: Heinz Felfe.

El inglés se quedó de piedra al oír aquel nombre. No sólo lo había escuchado antes, sino que además conocía a aquel tipo. Heinz Felfe era alemán y durante la guerra había sido miembro del servicio secreto de las SS, donde había llevado a cabo algunas misiones, como por ejemplo la introducción en varios países europeos de libras esterlinas falsificadas por los nazis. Detenido por los canadienses en 1945, Felfe fue entregado al Reino Unido. En 1946, el MI6 trató de emplearlo para obtener determinada información acerca de las actividades pro soviéticas en la zona occidental de Alemania. Sin embargo, tiempo después, fue despedido. Los ingleses sospechaban que era en realidad un agente doble al servicio de la URSS, y abrieron una investigación en la que participó la CIA. Sin embargo, de todo aquello no salió ninguna prueba sólida contra Felfe. El alemán pudo eludir su procesamiento por espionaje, pero se encontró en la calle sin trabajo. Inmediatamente, fue reclutado por la Organización Gehlen, donde ascendió con rapidez gracias al elevado número de infiltrados soviéticos que consiguió desenmascarar. En la actualidad, Heinz Felfe era el director del servicio de contraespionaje de la Organización.

Escuchar el nombre de Felfe en boca de Müller en aquellas circunstancias le resultó especialmente curioso a aquel agente del MI6, y quiso saber más sobre el tema. Müller se limitó a decir que sus contactos en el servicio secreto ruso, el KGB, le habían revelado que Felfe había sido captado por los soviéticos en algún momento en 1950 con la misión de infiltrarse en la Organización Gehlen, y que los rusos le estaban pagando muy bien por ello. Las fechas no le encajaron al interrogador inglés, pero la historia parecía totalmente verídica y ajustada a las sospechas que el MI6 tenía desde hacía tiempo acerca del espía alemán.

En ese momento otro oficial británico entró en la sala donde Müller y su interrogador estaban hablando. Aparentaba unos cincuenta años, vestía de paisano, tenía la cabeza cuadrada y lucía un largo bigote con las puntas redondeadas. Se identificó como el responsable de operaciones británicas en Alemania, y el interrogador parecía tratarlo como su superior. El del bigote informó a Müller de que un par de agentes de la Organización Gehlen venían en coche desde Múnich para hacerse cargo de él. Tardarían unas cinco horas en llegar. El alemán aprovechó entonces la presencia de aquel hombre para solicitar al MI6 que reconsiderase su decisión de entregarlo a Gehlen. Dijo disponer de información que interesaría al Reino Unido. El recién llegado agradeció la proposición, pero le indicó que cualquier confidencia relacionada con la Orga-

nización Gehlen debía ser puesta a disposición de ésta. El MI6 no deseaba actuar de intermediario.

Müller bajó la mirada y se humedeció los labios. Pareció reflexionar durante un momento. A continuación dijo que la información a la que se refería no tenía nada que ver con la Organización Gehlen. Se trataba de un asunto relacionado con el fin de la Segunda Guerra Mundial que él mismo había tenido ocasión de presenciar. El director de operaciones del MI6 en Alemania acercó una silla a la mesa en la que estaban hablando los dos hombres y se sentó. Preguntó a Müller qué era eso que estaba diciendo.

—Entonces —dijo Sinclair—, Heinrich Müller contó a nuestros dos hombres una historia insólita. La historia de un plan para la huida de Adolf Hitler del búnker de la Cancillería en abril de 1945.

—Imposible. —La voz de Trevor-Roper sonó enérgica en aquel punto—. Absolutamente imposible. Hitler estuvo en el búnker hasta el mismo día treinta de abril. Fueron muchos los testigos que lo vieron pocas horas antes de suicidarse, y yo he hablado con varios de ellos. Es inviable que hayan tramado todos una historia así. Y si Müller les ha contado el cuento de que había un doble que ocupó el lugar de Hitler y consiguió engañar a unas personas que llevaban con él varios años, entonces...

—Perdone que le interrumpa, profesor —dijo John Sinclair—. Pero no se trata de nada de eso. Müller no ha mencionado en ningún momento que hubiese un doble. Su historia es idéntica a la de usted: Hitler permaneció en el búnker hasta el mismo treinta de abril por la tarde.

Trevor-Roper recibió la noticia con una mueca de incredulidad.

—Bueno, debo reconocer que es la primera vez que oigo un plan así —dijo el historiador—. No deja de ser algo ridículo, pues para entonces el Ejército Rojo había cercado completamente Berlín y escapar era imposible. Más aún para Hitler, que era conocido por todos y tenía pánico a caer en manos de los rusos.

—En realidad —intervino nuevamente el director del MI6—, la historia de Müller no termina con la huida del Führer propiamente dicha. Según él, Hitler consiguió salir del búnker, pero murió asesinado por unos soldados alemanes pocas horas después cerca de allí, en el Tiergarten, un parque berlinés próximo a la Cancillería.

Oughton enarcó las cejas y miró al profesor de Oxford. Trevor-Roper pareció recuperar súbitamente el interés por la historia. Se frotó la barbilla con un gesto de confusión.

—¿Ha dicho usted en el Tiergarten? ¿Asesinado por alemanes? —preguntó el historiador.

—Así es. ¿Le resulta algo familiar?

—Sí. Cuando investigué la muerte de Hitler en 1945 circulaba ese rumor por Berlín, e incluso el Gobierno soviético lo dio por válido en algún momento. De hecho salió publicado en la prensa rusa. Yo mismo interrogué a un hombre que dijo haber visto cómo unos soldados nazis mataban a Hitler en el Tiergarten. Aunque, como se podrán imaginar, su testimonio fue descartado inmediatamente. Ni siquiera lo mencioné en mi libro.

Trevor-Roper permaneció reflexivo unos segundos tras pronunciar aquellas palabras. John Sinclair aprovechó para entregar a cada uno de sus dos interlocutores una de las carpetas que previamente había extraído de su portafolios.

—Caballeros, aquí tienen la traducción al inglés de la parte del interrogatorio de Heinrich Müller en la que explica lo que ocurrió en Berlín los días treinta de abril y uno y dos de mayo de 1945 —dijo—. Les hemos reservado dos habitaciones en el Petit Hotel Royal, en Koblenzer. Les sugiero que ahora vayan ambos al hotel para leer con tranquilidad la declaración de Müller y descansar unos minutos. —Sinclair miró su reloj—. Les espero en el restaurante del hotel a las ocho y media para reanudar esta conversación y proporcionarles más instrucciones.

Dicho esto, el jefe del MI6 se levantó y estrechó la mano de los dos hombres. De camino a la salida del edificio de la embajada, el mayordomo entregó a cada uno de ellos su equipaje, sombreros y abrigos. Fuera estaba anocheciendo y el viento del norte había hecho bajar la temperatura en las últimas horas. Oughton se subió las solapas de su gabardina y se dirigió a un Citroën DS color crema de excelente aspecto.

—Profesor, tengo aquí un vehículo que me ha proporcionado mi oficina. Suba conmigo.

—Gracias mayor Oughton —dijo sonriendo Trevor-Roper.

El americano percibió el tono socarrón del profesor de Oxford mientras abría la portezuela del coche y dejaba dentro su gabardina y el sombrero.

—¿De qué se ríe? —preguntó.

—De la poca originalidad de nuestros servicios secretos —dijo el historiador mientras ocupaba el asiento del copiloto—. «Mayor Oughton» era el pseudónimo que me asignaron en 1945 cuando investigué la muerte de Hitler.

* * *

A aquella hora el tráfico era bastante denso, y lo entorpecía aún más una ligera lluvia que había empezado a caer sobre Bonn y obligado a Oughton a accionar los limpiaparabrisas del coche.

—Profesor, le he visto bastante reacio a aceptar la teoría de la fuga de Hitler del búnker.

—No me llame profesor. Llámeme Hugh.

El agente de la CIA asintió con una sonrisa. El historiador miró a Oughton y explicó:

—Adolf Hitler no huyó a ningún sitio. Murió en el búnker de la Cancillería la tarde del treinta de abril de 1945. Todo lo demás son chismes.

—¿No cree posible que consiguiese salir de allí y sus hombres le cubriesen acordando contar todos una versión similar de su muerte? —dijo Oughton—. No olvide que aquellos tipos eran unos fanáticos.

—No, no lo creo. Tenga en cuenta que en el búnker había unas treinta personas, entre ellas varias mujeres. Si se hubiese urdido un complot para encubrir la huida de Hitler, la probabilidad de que alguien, al menos uno de ellos, hubiese confesado la verdad sería altísima.

Oughton detuvo el Citroën DS en un semáforo y miró a su acompañante.

—Quizá lo hicieron. Recuerdo haber leído la declaración de un piloto que dijo haber sacado a Hitler de Berlín para llevarlo no sé dónde. Creo que al norte. A Suecia o Dinamarca.

—Sí, conozco la historia —concedió Trevor-Roper—. El piloto era un tal Peter Baumgart. Investigué también aquella pista, y resultó ser una patraña. Hitler tenía dos pilotos personales y nunca subió a un avión que no llevasen ellos dos. Conseguí localizar el rastro de aquellos pilotos y pude comprobar que no salieron de Berlín en ningún momento hasta el uno de mayo de 1945.

El historiador inglés limpió con su manga el vaho que había cubierto la ventanilla derecha. A través de ella pudo ver las calles mojadas, las personas encorvadas caminando a paso ligero y las luces de neón de algunos cines que anunciaban el estreno de varias películas de Hollywood. El semáforo se puso en verde.

—Y respecto a Baumgart —añadió Trevor-Roper sin dejar de mirar la calle—, sólo le diré que terminó en un manicomio.

—Ya veo. Así pues no hubo tampoco ningún doble que ocupase el puesto de Hitler.

—En absoluto. El entorno más íntimo de Hitler estaba compuesto por gente que llevaba a su lado más de diez años. —Trevor-Roper recalcó las últimas palabras—. Por Dios, si estaba con él Eva Braun. ¿Cree que hubiese podido durar aquel engaño?

—Sin embargo, el cadáver no se ha encontrado nunca.

—Que nosotros sepamos —replicó Trevor-Roper levantando el dedo índice de su mano izquierda.

—Supongo que se refiere a nuestros amigos rusos.

—Exacto. Nuestros amigos rusos..., por lo que sabemos, cuando ellos se pusieron a buscar a Hitler entre las ruinas de Berlín encontraron cuatro cadá-

veres carbonizados en el jardín de la Cancillería. Dos de ellos se reconocieron fácilmente: eran del ministro Joseph Goebbels y su mujer, Magda. Los otros dos eran un hombre y una mujer, pero no hubo nunca una identificación oficial. Lo más fácil hubiese sido acudir a los registros dentales de Hitler, pero el dentista del Führer estaba en zona americana y los soviéticos no solicitaron nunca hablar con él para proceder a identificar ningún cuerpo. Aquello nos extrañó mucho, pero poco después Stalin empezó a decir que Hitler estaba vivo y entonces entendimos todo: la URSS no tenía ningún interés en identificar el cadáver. Así que tiene usted razón: el misterio se desvelará el día que nuestros amigos rusos se decidan a contar lo que saben. En todo caso la cuestión no consiste en saber qué le paso a Hitler. Eso lo sabemos con certeza: se suicidó en el búnker. La cuestión es saber qué pasó con su cadáver.

—¿Y qué es lo que usted ha podido averiguar sobre este tema? —preguntó Oughton.

—Bueno, yo he podido reconstruir la historia a través de la declaración de ciertos testigos accidentales. La mayoría de los hombres que perpetraron aquellos hechos han muerto, y los que no murieron fueron apresados por los soviéticos, que ha venido a ser lo mismo. A día de hoy, esos hombres siguen siendo prisioneros de la URSS, y los rusos nunca han permitido que el mundo conozca sus relatos. Pero gracias a los alemanes que consiguieron huir yo he sabido muchas cosas.

—Entiendo. De modo que ¿cuál es la versión oficial de lo que ocurrió en el búnker en aquellas horas?

* * *

El último día de su vida, Adolf Hitler se despertó poco después de haberse acostado. Los generales prepararon los informes y empezó la conferencia militar en la que se expuso la última hora de la batalla de Berlín. Básicamente, la situación era más o menos la misma que la noche anterior, aunque conforme avanzó la mañana se deterioró bastante. A mediodía los rusos habían logrado avanzar en todos los frentes estrechando el cerco sobre la Cancillería y pronto conseguirían acceder al búnker. Hitler tenía poco tiempo para suicidarse.

A primera hora de la mañana, las puertas del refugio se cerraron. A los soldados se les entregaron sus raciones para todo el día y se les desalojó de la Cancillería, pues se pretendía que ningún testigo accidental presenciase el ritual del suicidio del Führer. Mientras tanto, Otto Günsche, el ayudante de las SS de Hitler, ordenó al chófer que buscara doscientos litros de gasolina y los depositase en el jardín de la Cancillería.

A las dos de la tarde, Hitler almorzó en compañía de sus secretarias y la cocinera. Su esposa Eva Braun prefirió quedarse en su habitación. Después de comer, Hitler se retiró a su habitación para descansar. A las tres de la tarde, salió al corredor con Eva Braun para despedirse de sus más allegados. Allí estaban, entre otros, Bormann, Goebbels, los generales Krebs y Burgdorf, los escoltas Rattenhuber y Högl, el ayudante Günsche, el criado Linge, la cocinera y las secretarias. La mujer de Goebbels, Magda, a quien días antes Hitler había homenajado entregándole su propia insignia de oro del partido que llevaba en el pecho, no se encontraba entre los presentes, pues se sentía indispuesta ante la inminente muerte de sus seis hijos pequeños, a los que pensaba envenenar.

Hitler fue dando la mano a todos sin decir nada. Después entró en sus habitaciones con Eva Braun y las puertas se cerraron. El ayudante de las SS Otto Günsche se apostó delante para impedir que nadie importunase al Führer.

Pocos minutos después se oyó un disparo. Günsche abrió la puerta y entraron. Hitler y Eva Braun estaban sentados en el sofá, muertos. Él se había disparado en la boca. Ella había preferido ingerir un veneno. Eran las tres y media de la tarde del treinta de abril de 1945.

A continuación se empezó a preparar el funeral del Führer. Justo en ese momento llegó Artur Axmann, el jefe de las juventudes hitlerianas, y le dejaron entrar para que viera el cadáver. Taparon el cuerpo de Hitler con una manta, cubriéndole la cabeza ensangrentada, y lo sacaron por el pasillo hacia las escaleras de la salida de emergencia que llevaban directamente al jardín de la Cancillería. Los que allí estaban pudieron reconocerlo gracias a sus pantalones negros. A Eva Braun no hizo falta cubrirla, pues su muerte no había sido sangrienta.

La comitiva salió al jardín. Todas las puertas que daban a éste habían sido cerradas, y los guardias, retirados para que no hubiese observadores inoportunos de lo que iba a suceder. Sin embargo, el centinela de la torre de vigilancia, Erich Mansfeld, alarmado por el ir y venir de gente, bajó de su puesto de observación para ver lo que ocurría. Al hacerlo se dio de bruces con el cortejo fúnebre. Otto Günsche le ordenó que desapareciese de allí de inmediato, y Mansfeld regresó a la torre.

Dejaron los dos cadáveres a unos diez metros de la salida de emergencia y se les roció con la gasolina de las latas que había dejado allí el chófer. Justo entonces dio comienzo un bombardeo ruso sobre la Cancillería, y todos los miembros del cortejo buscaron refugio en la puerta del búnker. Günsche dejó un reguero de gasolina hasta el lugar donde se encontraban, encendió un trapo y lo arrojó sobre el combustible. Los cuerpos prendieron inmediatamente

y los presentes los despidieron con el saludo hitleriano. Después accedieron al búnker por la salida de emergencia y se dispersaron.

Las horas siguientes fueron de mucha actividad. Para empezar, se dio orden al SS-Obersturmbannführer Franz Schädle, que se encontraba herido en una pierna, para que buscara a tres hombres de total confianza para enterrar los cadáveres. Mientras tanto, aproximadamente a las seis de la tarde, unos soldados de las SS salían al jardín para echar más gasolina sobre los cuerpos de Hitler y Eva Braun. Más tarde, los hombres seleccionados por Schädle enterraron los cadáveres. Eran las once de la noche.

En el interior del refugio, el ministro Joseph Goebbels estaba decidido a suicidarse en las siguientes horas, pero el secretario Martin Bormann aún tenía esperanzas de salir de Berlín con vida. Urdió, pues, un plan para cumplir su objetivo. El testamento político de Hitler nombraba sucesor al Gran Almirante Dönitz, que se encontraba en el norte, en Plön. Bormann pensó ofrecer al Ejército Rojo la rendición de Berlín y obtener de los rusos el permiso para ir a Plön y recabar de Dönitz la ratificación de la orden de capitulación. Goebbels, nombrado por Hitler en el testamento canciller y, por lo tanto, legitimado para decidir, estuvo de acuerdo con el plan. Se decidió entonces que la persona más indicada para ir a parlamentar al cuartel general soviético era el general Krebs. Krebs había trabajado como agregado militar en la embajada alemana en Moscú, hablaba ruso y era un reconocido defensor de la amistad germano-soviética.

El general Krebs salió a ver a los rusos esa noche, pactó un alto el fuego temporal y negoció hasta bien entrada la mañana del 1 de mayo. Regresó al búnker con malas noticias: los soviéticos sólo aceptaban una rendición incondicional. Aquello supuso el final de toda esperanza, y las hostilidades se retomaron.

A las tres y media de la tarde, Goebbels envió un telegrama a Dönitz en el que le informaba de la muerte de Hitler y del nombramiento de Dönitz como nuevo Führer. Poco después, su mujer Magda Goebbels envenenó a sus seis hijos.

A las ocho y media de la tarde, el matrimonio Goebbels subió las escaleras de la salida de emergencia del búnker y salió al jardín. Allí, por orden de Goebbels, un soldado de las SS los mató de un disparo en la cabeza. Rociaron los cadáveres con la poca gasolina que había quedado y dejaron los cuerpos ardiendo en el jardín.

Poco después se ordenó a unos soldados quemar las habitaciones privadas de Hitler. Como sólo les quedaba una lata de gasolina, optaron por incendiar únicamente el salón de conferencias.

Eran las once de la noche del 1 de mayo de 1945. El resto de los ocupantes del búnker se dividió en grupos y fueron saliendo del búnker intentan-

do alcanzar las líneas alemanas en una huida a la desesperada. La mayoría de ellos fueron apresados por los rusos.

* * *

Oughton detuvo el Citroën DS frente al Petit Hotel Royal. El edificio principal del hotel estaba aún en plena construcción y se inauguraría un año más tarde. Las habitaciones se hallaban ubicadas en un pequeño edificio anejo, al que se dirigieron los dos investigadores. Allí, en recepción, les atendió una mujer joven vestida con un uniforme azul marino que les solicitó sus pasaportes y les hizo firmar en el registro.

Cumplidos todos los trámites, los dos hombres se dirigieron a sus respectivas habitaciones para leer la traducción al inglés del interrogatorio del MI6 al director de la Gestapo Heinrich Müller.